

AXIOLOGIA (1)

.....

.....

VI

De este resumen fluyen dos conclusiones igualmente interesantes. La subordinación jerárquica de los valores que se ha intentado sin éxito con las teorías más contradictorias, es a su vez una valoración. Los argumentos lógicos aducidos en su apoyo sólo convencen a quien ya tiene una posición elegida "por las razones que la razón no conoce". Asimismo, sin per-

(1) Deploramos que el espacio limitado nos impida publicar íntegramente la *Axiología* del doctor Korn. Por ello nos reducimos a insertar en estas páginas la parte final de dicho trabajo de nuestro eminente ex profesor. El estudio del doctor Korn sobre los valores, incluido en el primer tomo de sus *Ensayos filosóficos* íntitulado *La libertad creadora*, constituye un meritísimo trabajo de filosofía.

Para Korn filosofía y axiología son términos equivalentes.

La ciencia tiene a su cargo el estudio del orden objetivo, tempo-espacial: ella relaciona, mide los fenómenos. Sus problemas son problemas numéricos, cuantitativos. La metafísica, a su turno, pretende ocuparse de lo que trasciende a la experiencia. Esta última nos ofrece, junto con el orden objetivo, el dominio de lo que pertenece al sujeto. Este no es un simple accidente en el cosmos mecánico; se siente libre, dueño de su voluntad. Frente a los hechos juzga de acuerdo a su arbitrio. Formula valores. Estos últimos comprenden el ámbito de la axiología, de la filosofía.

El sujeto reacciona ante su contorno y esta actitud supone una personalidad autónoma. Las teorías de los valores se renuevan de continuo, porque los valores cambian con las generaciones. Las ciencias de la cultura, ciencias históricas, de valores, difieren de las ciencias naturales porque mientras éstas operan con el concepto de causalidad, prevalece en aquéllas el de finalidad. Describe el doctor Korn las distintas clases de valores, expresión siempre de una personalidad, e indica cómo en la historia de la filosofía la variedad de los sistemas se debe a que en cada uno de ellos se ha convertido en núcleo central alguno de los órdenes de valores.

juicio de una autonomía relativa, persiste la impresión de una vinculación estrecha entre los distintos órdenes.

La unidad intrínseca de las valoraciones la hallaremos quizás, no por una disposición jerárquica sino por un concepto sintético común a todas. Esta síntesis puede intentarse por dos vías. Podemos hallarla en una raigambre común de donde emergen las valoraciones o en una finalidad hacia la cual tienden. Las dos hipótesis no se excluyen.

Nada remediáramos, sin embargo, con adelantar alguno de esos conceptos tan amplios como vacíos que sólo implican una solución verbal. Son las valoraciones actos reales de la voluntad humana y sólo cabe unificarlas en un concepto dotado de un contenido real. La teoría de los valores de Rickert culmina en el concepto de Perfección. Este término tan seductor como vago, cuando no se emplea como valoración de un hecho concreto, se presta a las interpretaciones más equívocas. No se le puede definir ni con mediana precisión como que en el caso, se le emplea para no decir francamente: lo Absoluto. Es menester llegar a una conclusión más concreta; a un hecho experimentado en la conciencia.

La valoración es un proceso complejo del cual en proporciones variables participa el conjunto de las actividades psíquicas hasta sintetizarse en una volición. El análisis psicológico puede señalar el concurso de los impulsos biológicos más elementales, de las apetencias más instintivas, de la sensibilidad más refinada, de la reflexión más prudente, de las reminiscencias más remotas, de la fe más obstinada, de la visión más idealista o mística — al fin todo ello se resume en el acto de valorar, en el movimiento de la voluntad que aprueba o repudia. Influyen en la génesis de la valoración el momento histórico que nos toca vivir, el ambiente colectivo — gremial, étnico, cultural — que nos envuelve, los rasgos de nuestro carácter más o menos gregario — al fin en la valoración interviene un factor personal, escurridizo, inaccesible a toda coerción lógica. Penetre el análisis psicológico, armado de la intuición de un Dostoyewsky, hasta las honduras más recónditas del alma humana, siempre quedará un remanente, una equis sin despejar. Y no digamos nada de los psicólogos de profesión, condenados a rastrear el plano más superficial.

Si a una valoración ajena la juzgamos ingenua o torpe, sensata o genial, esto es a su vez una valoración. Aun las valoraciones repugnantes a nuestro sentir íntimo, a nuestro juicio paradójales, cínicas o extravagantes, se gestan en una conciencia dueña de promulgarlas si de ellas se responsabiliza. No nos obligan por eso, ni siquiera obligan nuestro respeto, pues con criterio propio las aceptamos o las rechazamos. Las valoraciones más consentidas, revestidas de autoridad dogmática, puede negarlas una conciencia personal. Cuantas valoraciones, en su origen despreciadas y vilipendiadas, luego lograron conquistar el asentimiento colectivo. Muchas otras se han extinguido sin hallar eco alguno por ser una ocurrencia aislada. Tengamos presente que no sólo discrepan hasta el infinito las valoraciones de nuestros contemporáneos; también en las generaciones sucesivas se manifiesta una incesante trasmutación de los valores. Qué extraño, si hasta en el transcurso de nuestra propia y breve existencia varían nuestras apreciaciones!

No nos induzca en error la existencia aparente de valoraciones que simulan ser de una evidencia indiscutible y que cuentan con nuestro propio asentimiento. Apenas se les estruja se desvanecen. No hemos de elegir un ejemplo baladí. Tomemos el quinto mandamiento del decálogo pero enunciémosle con sus reservas tácitas: No matarás — si no eres guerrero, juez o sacerdote; no matarás — sino a las gentes de la otra tribu; no matarás — sino a cuantos profesen distinto credo; no matarás — sino en defensa de tu vida, de tu honra o de tu propiedad; no matarás — de una manera ostensible, aunque esquilmes la vida del prójimo; no matarás — mientras no tengas un motivo para hacerlo. El autor de este mandamiento jamás se preocupó de hacerlo cumplir; debió de ser un gran verbalista. La Historia es la historia de las matanzas humanas. Los pensadores las han justificado, los poetas las han glorificado.

No hay necesidad de abundar en ejemplos; todos nos conducirían al mismo resultado. Las valoraciones normativas, aunque afecten aire de universales pueden ser desmentidas — y lo son efectivamente — por la realidad histórica. La valoración eficaz reside en nuestro fuero interno y más allá de la voluntad consciente no hay juez alguno. Insistimos:

No es posible señalar una valoración universal, permanente

o invariable, acatada en todos los tiempos por todos los seres humanos. La conciencia se reserva siempre el derecho de acoger o rehuir la presunta obligación. Me complace cuando otro coincide en mi valoración, no estoy dispuesto a someter la mía al juicio de una autoridad extraña, así sea la mayoría más abrumadora o el magisterio más alto. La valoración representa en última instancia la decisión de la personalidad autónoma. Aquí tendríamos pues la raíz común del cúmulo infinito de las valoraciones concretas y — también la razón de su divergencia.

Bien, se nos dirá, estas conclusiones reflejan la realidad histórica y empírica y en este sentido son inatacables; así mismo las valoraciones no son arbitrarias; la voluntad no las adopta por capricho, ni puede desconocer la existencia de valores subtraídos a toda veleidad humana. Existen valores independientes de la valoración. En otros términos: no creamos el valor, nos limitamos a descubrirlo y su concepto es independiente del proceso psicológico o histórico. Examinaremos este nuevo problema.

Hemos llamado valor al objeto de una valoración afirmativa. Puede tratarse de objetos reales o ideales. A los primeros nadie ha de atribuir un valor intrínseco. Ni las cosas naturales ni las elaboradas poseen un valor si nadie las aprecia, si no afectan un interés humano. Para la Ciencia no hay valores, hay simplemente hechos igualmente interesantes o igualmente indiferentes. Cuando atribuimos valor a una cosa es a título precario, no es el mismo para mí que para otro, no es el mismo hoy como ayer. Sobre el rastro de la caravana el árabe extrañado en el desierto divisó un saco que creyó ser de dátiles. Lo alzó y con desdén lo arrojó: no son más que perlas, dijo. El valor circunstancial de los objetos reales depende de nuestra estimación. Descartemos pues los objetos reales; el caso es demasiado sencillo.

Hemos registrado las creaciones históricas que corresponden a los distintos órdenes de valoraciones. El valor de estas creaciones depende de nuestra valoración. Somos dueños de negarlo. El dogma religioso, la obra de arte, la fórmula jurídica, el precepto moral, el consejo práctico, la verdad filosófica, ¿qué otro valor han de tener que el que les presta nuestro asentimiento? ¿No ha existido siempre frente a la valoración dominante,

armada acaso del poder material, la protesta del mártir o del genio renovador? Cuando un valor secular pierde su imperio, primero en una conciencia, luego en muchas, acaba por desaparecer o por ser reemplazado. Dentro del fuero de su conciencia puede cada uno individualmente realizar este acto y lo hará si el valor vigente le es motivo de una coerción. Los valores históricos como los materiales quedan sujetos a nuestra valoración personal.

El debate se circunscribe, pues, a los conceptos máximos, a los grandes valores ideales. El Positivismo procuró convertirlos en postulados científicos derivados del mecanismo cósmico. La reacción metafísica actual los califica de absolutos. En uno y otro caso quedarían substraídos al arbitrio de la voluntad, por ser valores constantes e inmutables. Serían y persistirían, aunque ninguna mente humana los concibiera o los estimara. Se imponen por autoridad propia; no pueden ser negados; ¿quién ha de negar la justicia, la belleza, la verdad?

Lo sensible es que semejantes valores no existen. En la realidad tempo-espacial no se encuentran. En qué región ultrareal o en qué limbo irreal se ubican? Son la denominación abstracta de aspiraciones finales aún no actualizadas y en la hipótesis de su realización nos pondrían en contacto con lo trascendente. Son ideas puras, devienen pero no son. Vocablo en nuestros labios, concepto ideal en nuestra conciencia, sólo se vuelven efectivas y eficaces cuando por la acción se objetivan en una forma concreta, deficiente y relativa, destinada a ser un episodio histórico en la evolución de la cultura humana. Como que estas creaciones de la voluntad simbolizan sus últimos fines. En el proceso mecánico de la naturaleza interpretado por la ciencia no podemos concebir fines; sólo la voluntad los promulga. La concepción causal y la teleológica no se concilian; son una antinomia última y el análisis racional, en lugar de salvarla, la ahonda. Sea dicho esto para los naturalistas.

En cuanto a aquellas teorías axiológicas que operan con valores objetivos, irreales y atemporales, representan una metafísica vergonzante apenas disimulada por su disfraz logístico. Muy lejos estamos de negar la necesidad metafísica. Para librarse de la suprema de sus angustias el hombre ensaya sin cesar nuevas vías. Desgraciadamente no es la función pragmá-

tica de la razón la llamada a satisfacerle. Negamos la posibilidad de una metafísica lógica y racional y exigimos de los filósofos un deslinde pulcro entre la realidad empírica y la poesía metafísica. Acaso el "gran demoleedor" realizó su obra para que los neorracionalistas escondan entre las ruinas sus pobres tugurios. Toda metafísica racional es un pecado lógico. Para expresar lo eterno, es decir lo inefable, no tenemos palabras, apenas metáforas. La *coincidentia oppositorum* de las antinomias irreductibles, no la hallará la técnica escolástica. Sólo pueden darla las grandes creaciones del arte y la visión mística, la emoción estética y la religiosa.

Los autores empeñados en descubrir valores absolutos, valederos a priori, forjan previamente una gnoseología *ad hoc*. No discutirán la secuela psicológica e histórica de las valoraciones, sostendrán empero que este proceso obedece a los valores y no los crea. Lo que supone que nuestro conocimiento axiomático supera la realidad empírica y alcanza la noción de valores atemporales. Al efecto se apoyan en una teoría según la cual el objeto tempo-espacial es sólo un caso específico dentro de la multiplicidad posible de órdenes objetivos. Tan objeto puede ser lo real como lo irreal. Y he aquí otra vez abierta la vía regia para ascender a la Verdad metafísica.

En primer lugar se afirma la autonomía de los valores lógicos, luego la de los valores éticos. Son objetivos y no subjetivos. Nacen de una gestación psicológica, pero seccionado el cordón umbilical, asumen su propio destino. Conocemos los frutos de este parto; son con otras palabras "las formas sustanciales" de la Escolástica, los viejos "entes de razón" a quienes un criticismo demasiado cauto para atreverse a una hipóstasis, despoja precisamente de su entidad y reduce a vagos esperpentos en un reino donde no son, ni existen, ni actúan. Si esta paradoja no nos seduce, debemos atribuirlo según Rickert a nuestros deficientes hábitos mentales.

Se trata de un juego de palabras, en el cual hombres de talento malgastan una erudición magistral en disquisiciones bizantinas, mezcla pasmosa de sutilezas lógicas y de intuiciones esenciales (Wesensschau). Pretenden haber captado el objeto irreal; lo positivo es que han perdido el contacto con la realidad.

Conviene ejemplificar. Elegimos entre muchos a Rickert, si de menos vuelo, mucho más coherente que Max Scheler, cuya filosofía al fin es una *ancilla theologiæ*. De mayor volumen es Husserl; prescindimos de las "Investigaciones lógicas", porque dan la teoría de un método y no la aplicación del mismo.

En su "Sistema de filosofía", Rickert nos da una síntesis sistematizada de su teoría del conocimiento y de su teoría de los valores. La exposición, difusa en la forma, es muy ceñida en el fondo. El autor es ante todo un espíritu probo. Al fin, en la pág. 308, se plantea este problema: ¿Cómo el valor irreal actúa sobre los actos reales? Y aquí, como se verá, sobreviene un desenlace trágico. La cita resulta un tanto prolija, pero es difícil hallar en Rickert un pasaje conciso y expresivo.

"No se ha de negar que aquí se nos presenta un problema. El acto libre se ha de actualizar, es decir, se ha de exteriorizar de acuerdo con el valor valorado. Sólo así lo válido adquiere poder sobre la vida real. Para comprender esto, no basta nuestro concepto del mundo primario (Vorderwelt). De ahí surgen nuevos problemas; esto se ha de expresar con énfasis para no pecar de claridad. Cómo lo metafísico actúa sobre lo físico, lo suprasensible sobre lo sensible, hasta hacer del mundo sensible un agente de valores suprasensibles, es tan incomprensible como la eficacia del conato activo (Aktsinnes) sobre el mundo de los objetos empíricos. La realidad absoluta y la objetiva, la metafísica y la sensible, se hallan en dos esferas no menos distantes que el dominio de los valores valederos y del ser sensible y real. La ficción contraria reposa solamente sobre la indeterminación de los conceptos metafísicos. Toda tentativa de mayor precisión apartaría aún más lo físico y lo metafísico y en ningún caso establecería entre ambos un nexo causal. ¿Acaso lo podríamos comprender?

"El problema que aquí se nos ofrece coincide con este otro: ¿Puede hallarse entre lo real y lo valedero un nexo que permite, no solamente interpretar el sentido del acto valorante, sino comprender además *el poder de los valores sobre lo real*? Poder es siempre acción real sobre algo real. Tal acción por parte de lo valedero que por su concepto es irreal, precisamente de acuerdo con nuestro concepto, no puede ejercerse a título simplemente de valedero. Pensar lo valedero quiere decir, sepa-

rarlo completamente de lo real. Podemos, es cierto, entender el acto valorante como un nexo entre los dos dominios y mucho adelantamos con ello para darnos cuenta del sentido de nuestra vida. Pero no podemos tratar de captar también lo valedero como causa y de consiguiente como poder sobre lo real. Entonces lo uno y lo otro se fusionarán en la unidad indiferenciada de la identidad, esto es, los conceptos de lo real y de lo valedero se sumergirían uno en el otro y se anularía de nuevo cuanto habíamos logrado alcanzar en conceptos sobre el universo. Vemos pues, por qué toda disquisición termina aquí y esto también es una solución del problema."

Para llegar a una confesión tan elemental no había necesidad de semejante labor. Eso podía preverse. Si entre la valoración y el valor construimos un dualismo dialéctico, mero producto de nuestro análisis, luego no acertamos a soldar los trozos distanciados. Esto ocurre toda vez que se intenta convertir un dualismo gnoseológico en otro ontológico. ¿Cómo vamos a hallar de nuevo la unidad, si nuestro análisis acaba de destruirla?

No hay valores independientes de la valoración. La valoración empero es un proceso psicológico. No es una operación lógica; es una actitud. El sujeto de la valoración no es un muñeco dócil a la presión de un resorte, ni tampoco un pedante ocupado en construir fórmulas abstractas. Sin duda, dispone de la razón pero para ponerla al servicio de sus propósitos. La enunciación verbal del juicio implícito en la acción, es obra a posteriori de la reflexión y a justificar los impulsos de la voluntad, cualquiera que sean, se apresta en todo momento la lógica con alguna teoría proxeneta. A ningún crimen le falta un abogado.

La naturaleza de los supuestos valores absolutos se ha de aclarar rápidamente, si nos damos cuenta que estos fines ideales de la voluntad no son sino negaciones de fenómenos muy reales, que muy de cerca nos afectan y provocan nuestra reacción.

El Bienestar es la negación del malestar que nos acosa, la Dicha se opone al dolor que nos agobia, el Amor a la hostilidad egoísta que nos rodea, la Justicia a las incongruencias de la organización social, el Poder a la sensación de nuestra flaqueza, el Ideal ético al imperio de nuestros instintos, la Belleza

a la fealdad que nos ofende y la Verdad es la negación del error y de la ignorancia que nos limitan. Los conceptos que negamos son precisamente los positivos. Les cabe la ventaja deplorable de expresar una realidad sensible y tangible. sometido a la servidumbre de estos factores reales, el hombre se siente cohibido, los valora de un modo despectivo, lucha por emanciparse y mientras batalla anticipa el nombre de la victoria anhelada.

Si definimos el proceso cultural como un esfuerzo destinado a realizar fines ideales, sería más exacto decir que es el esfuerzo para librarnos de males empíricos. Sin amenguar el valor de los fines, evitaríamos el malentendido de suponer en un mundo ultrarreal lo que deseamos actualizar en el nuestro. Así se explica nuestra concordancia aparente en los fines formales y nuestra discrepancia irremediable sobre los medios concretos. Pero la cuestión por lo menos, queda planteada en el plano donde la voluntad, servida por la razón, puede aspirar a hallar soluciones. ¿Qué diríamos si el arte médico en vez de atacar uno por uno los estados mórbidos, divagara sobre el concepto abstracto de la salud?

Estremezca, no obstante, el ánimo la fe en una finalidad absoluta, última síntesis de los anhelos no realizados. Con íntimo recogimiento démosle el nombre más apropiado, no sin deplorar que el abuso de la declamación, lo degrade a la condición de pobre verbalismo. Pero no se eleve la falacia a sistema.

VII

En la personalidad humana se halla pues la raigambre común de las valoraciones. Yo fijo los valores; yo también los niego. Mi voluntad es soberana si dispone de la decisión heroica. Pero al fin, ¿qué persigue? Hemos de creer que la voluntad se dispersa por nueve rumbos distintos sin armonizarlos entre sí en un propósito común? A pesar de cuantos intereses contradictorios la afectan, la personalidad ante todo, es afirmación de su propia autonomía, de su integridad refractaria a toda imposición extraña. Ya podemos sospechar pues, cuál ha de ser la unidad intrínseca que sintetiza todos los fines

en una finalidad común. Para hallarla, en lugar de la serie de los valores materiales e históricos más o menos específicos, encaremos la totalidad de la existencia. En nuestra calidad de sujeto coloquémonos frente al mundo objetivo y veamos qué aprecio nos merece.

En él nos hallamos sin haber prestado nuestro consentimiento previo; no hemos elegido ni el lugar ni la ocasión, que nos quede por lo menos el derecho de decir si nos place o no. Tardaría en surgir este problema en la mente humana, pero una vez concebido debió ser fundamental. Pues bien, si evocamos la historia de las religiones y de los sistemas filosóficos, advertimos con sorpresa que en el juicio consciente ha prevalecido la valoración negativa: el mundo es malo. De ahí la conclusión: Es preciso abandonarlo o reformarlo.

Es cierto que hay algunas excepciones. Según el Génesis el demiurgo creador contempló al sexto día su obra y vió que era buena. Pero esta fué la opinión del autor que asimismo tuvo motivos de arrepentirse. La apología optimista de Leibnitz ofrece el único mérito de haber dado lugar a la réplica mordaz de Voltaire.

Las religiones universales son pesimistas. El mundo es el origen del mal, sitio de expiación; lo más urgente es redimirse de él. En innumerables variantes se repite la misma lección.

En el fondo, sin embargo, esta valoración no se refiere al cosmos sino a la suerte de los seres vivos en general y de la especie humana en particular. Es pues una apreciación de la vida. La "voluntad de vivir" es, según Schopenhauer, el pecado original, el mal metafísico. Esta voluntad, sin embargo, es bastante poderosa para invalidar la conclusión teórica. Las generaciones humanas se renuevan y se suceden y si cada una carga con su dolor, engendra la siguiente con augurios de mejor destino.

Luchan pues dos tendencias opuestas. Si el hombre fuera meramente un animal, la vida sería el valor supremo. Cuánto más próximo se halle el hombre de la bestia más estima a la vida como su único bien. Pero el rasgo esencial de la cultura humana es su distanciamiento del animal, hasta el punto de subordinar la propia existencia a valores de otro orden. Para el animal la vida es un fin, para el hombre es sólo un medio.

El hombre es el único que, material o moralmente, puede descalificar la vida. Esta posibilidad de una valoración negativa es la fuente de las apreciaciones pesimistas, ya revistan el carácter de una conclusión filosófica, cuando no son simplemente el eco de un sentir ingenuo, al cual no se le ocultan las amarguras de la existencia. Apenas la vida deja de ser un hecho instintivo, se vuelve un problema absurdo si no se la dignifica con una finalidad superior. Así se ha llegado a imaginar una segunda existencia, exenta de las penurias de este "valle de lágrimas" o se sueña con la creación del paraíso utópico sobre la faz de nuestro planeta.

¿Qué actitud tomamos frente a la realidad objetiva de nuestro contorno biológico? Quien nos haya seguido hasta este punto no se sorprenderá al saber que nuestro pensamiento desemboca otra vez en una dualidad antinómica. Ante la vida o nos resignamos o nos rebelamos, la rehuimos o la afrontamos, nos refugiamos en el claustro o descendemos resueltos a la arena. De ahí dos tipos humanos opuestos. Sería empresa ridícula demostrar con argumentos lógicos la superioridad del uno sobre el otro. Los argumentos sobran en uno y otro caso. La actitud que asumimos en la vida depende del carácter, es expresión de nuestra personalidad. Hacemos nuestra voluntad; las razones vendrán después.

No obstante, entre pesimistas y optimistas, entre el asceta contemplativo y el hombre de acción, media un acuerdo fraternal. Ninguno de los dos acepta la vida como se le ofrece. Nos hallamos de nuevo en presencia de una negación: La negación de la actualidad en cuanto nos constriñe como limitación física o económica, como flaqueza orgánica, como mengua espiritual. Ante esta situación el hombre se resigna y sueña con un mundo mejor más allá de la realidad — o se subleva e intenta crear un mundo mejor dentro de la realidad. Ambas actitudes tienden a la misma finalidad, a la liberación. En el primer caso renunciamos, en el segundo actuamos. Nuestra voluntad decide, nuestra razón apoya la decisión tomada. Pero el propósito es el mismo. El místico emancipado de todas las vanidades habla de su libertad de espíritu como el hombre de empresa, dueño de sus energías, habla de su libertad de acción.

Parecen ser dos antagonistas irreconciliables; sin embargo,

con todas sus valoraciones divergentes, el mismo ideal los anima; quieren lo mismo. A ambos los oprime la misma realidad. Ambos la niegan. Pero la negación del uno es aniquilación, la del otro es la negación creadora que dijera Hegel, la libertad creadora.

La gran mayoría, que comprende probablemente al autor y al lector, no la constituyen tipos definidos. En la vida común alternan las horas pesimistas y las optimistas, varían las actitudes y los propósitos inmediatos, pero, al través de todas las fluctuaciones, también el más mísero de los mortales aspira a realizar su libertad personal. El crimen de lesa humanidad es la esclavitud porque es la anulación del carácter humano, la identificación del hombre con la bestia. Empleamos el término esclavitud en su acepción más amplia, la extendemos a la sujeción a fuerzas materiales, a instintos orgánicos, a voluntades extrañas, a endriagos metafísicos.

Por libertad no entendemos nada metaempírico. La oposición de necesidad y de libertad aplicada a la esencia absoluta carece de sentido. La libertad a que nos referimos es un estado de Conciencia en otra parte ya hemos dado su única definición posible: la ausencia de toda coerción. Bien sabemos si un dolor nos abate o no, si una angustia nos oprime o no, si una imposición nos obliga o no. La conquista de esta libertad en toda su plenitud es el impulso que nos mueve, impulso primitivo de la personalidad humana, consciente en el hombre culto. El desarrollo clásico de esta tesis se halla en el cuarto y quinto libro de la Etica, si bien para entenderlo hay que abandonar la leyenda del determinismo absoluto de Espinosa.

Y bien, la unidad intrínseca de los valores ya deja de ser un secreto. Todas las valoraciones emergen de una sola fuente y tienden al mismo fin. Afirman la autonomía de la Personalidad, persiguen su emancipación de toda servidumbre, es decir, su liberación como finalidad última y común. La libertad relativa en cada caso, la libertad absoluta como meta ideal. De este impulso ha nacido la obra de la cultura, el esfuerzo histórico de la especie, la afirmación de la libertad frente al dominio de la necesidad. Porque la libertad no nos es dada, es preciso conquistarla en el breve plazo de nuestra vida individual, como en la evolución progresiva de la vida colectiva.

Fecundo es este anhelo final; por eso lo hemos llamado la Libertad creadora.

Quizás el lector retenga una pregunta, porque no se encuadra en los límites de este ensayo. Trataremos de contestarla. La Personalidad es dentro de lo empírico, un término último. Sus raíces penetran en el fondo metafísico de las cosas y la realización íntegra de la Libertad nos identificaría con lo Absoluto. Yo, dijo aquel, yo soy el alfa y el omega.

VIII

Pero ya ha de haber estallado la interrupción de algún alma azorada: ¡Entonces nos quedamos sin valores fijos y obligatorios! Y bien, nunca los ha habido; no existen. ¿No es un hecho evidente la trasmutación histórica de los valores, no es un hecho la discrepancia de los contemporáneos? Cada latitud geográfica, cada grupo étnico, cada secta religiosa, cada apariencia política, cada interés gremial, postulan valores distintos. Y en el seno de toda agrupación, por homogénea que se la suponga, se hallan individuos refractarios a la valoración corriente. Siempre hay una disidencia en trámite, llamada a triunfar o a fracasar. ¿No es jocosa la suficiencia del burgués que pretende convertir en valores perpetuos su granjería usuraria o la intemperancia del sectario que pregona como dogmas, las sugerencias de su fanatismo?

De los filósofos no volvamos a hablar; nos han dado el espectáculo más desconcertante. La filosofía aspira a la universalidad por su naturaleza misma. De acuerdo con la teoría la verdad filosófica debiera ser una; no se la puede concebir circunscripta por límites geográficos, ni determinada por el momento histórico o acaso por el interés de una capa social. De hecho, sin embargo, así ocurre. Como en tantos casos, la paradoja es lo real. Sabemos de una filosofía occidental y de otra oriental, de una filosofía griega y de otra moderna. Una posición empírica se opone o sucede a otra racionalista, el escepticismo al dogmatismo, el realismo al idealismo. Todos los sistemas son lógicos, pero su abigarrada multiplicidad patentiza la ineficacia de la argumentación lógica. Es que cada filosofía distinta es la expresión de una valoración distinta. Luego ha

de correr la suerte fluctuante de las valorizaciones. Toda filosofía sistematiza en un alegato la voluntad que la inspira. Alguna vez también, en épocas de decadencia, la ausencia de una voluntad, la ausencia de una convicción viva, fueron substituídas por las pobres y vacías lucubraciones de la cátedra.

No se exagere, sin embargo, el temor a la valoración subjetiva. Siempre ha existido y no por eso la humanidad ha caído en la anarquía. Con su sagacidad habitual Aristóteles nos previno que el hombre es un animal rebañego. El individuo aislado es un hecho insólito; miembro de un conjunto, sus impulsos personales se hallan contenidos y atenuados por imperio del instinto gregario. Sin sentirse cohibido recitará la fórmula litúrgica que le inculcaron, acatará la norma jurídica vigente, repetirá los lugares comunes consagrados y vestirá de acuerdo con la moda reinante. Nadie se subleva contra una opresión que no siente. Las almas satisfechas no han de alterar los valores colectivos.

La valoración rebelde si aparece correrá su riesgo. Sólo en una conciencia oprimida nace la protesta; se generalizará cuando muchos experimenten la misma coacción. Pero una valoración subjetiva se extinguirá sin consecuencias si tras breve o larga lucha no adquiere dignidad histórica. La expresión de la voluntad general, para ser eficaz, ha de elevarse a expresión de la voluntad de un grupo más o menos amplio.

¿Cómo realizar empero la selección de las valoraciones, cuáles son las que debieran prevalecer? La selección la verifica el proceso histórico; prevalecen las que triunfan. No siempre triunfan las más justas, es decir, las nuestras. Para propiciarlas acudimos al raciocinio, a la persuasión, a la coincidencia de los intereses o a la autoridad si la poseemos. Por otra parte, no lo olvidemos, las valoraciones representan nuestra reacción frente a una realidad física o histórica que nos es dada, ambiente común dentro del cual actúa el individuo y la colectividad.

La disquisición teórica no agota el asunto. La mayor parte de las teorías axiológicas, ya al plantearse, se encaminan a una axiología normativa. Su mayor interés está en discernir los valores que — a juicio del autor — debiéramos afirmar o negar. En general estas tentativas acaban por coincidir con las

reglas morales amparadas por el consenso común, cuando no caen en la vacuidad de las fórmulas abstractas. Contrastan con frecuencia resultados tan pedestres con el aparato metafísico empleado para justificarlos. Se eleva lo trivial a lo absoluto. Los lugares comunes de la última generación se le transmiten a los venideros como verdades y normas eternas.

Las valoraciones no obedecen a los conceptos teóricos de un profesor de filosofía; son la obra del devenir concreto, la síntesis de los aciertos y desaciertos de seres racionales perturbados por impulsos alógicos. Nos hallamos ante un problema de la mayor gravedad, no ya filosófico cuanto pragmático. Su solución corresponde a la Pedagogía.

La pedagogía es a la axiología, lo que la ciencia aplicada a la ciencia pura. Ella fijará los valores preferidos de hecho. Su acción se inicia en el hogar, se continúa en la escuela, se verifica de continuo por el ambiente social, se impone — material o moralmente — por los factores dirigentes del momento histórico. Su misión será fácil en un medio homogéneo donde reine una concordancia sobre los valores fundamentales; será difícil en una sociedad labrada por tendencias reñidas entre sí o en épocas de una intensa renovación de los valores.

Sobre sus medios didácticos la Pedagogía es juez exclusivo pero ha de ponerlos al servicio de una orientación filosófica, tanto más eficaz cuanto más consciente sea. Instrumento de la voluntad colectiva, ha de apreciar los propósitos de su comitente, los valores solidarios del grupo, no para perderse en divagaciones abstractas. Su tarea no es redimir la humanidad, es educar a los muchachos del barrio. Supongámosle tan extenso como nos plazca.

Por cierto, si existiera realmente una filosofía universal y perpetua, la misión pedagógica se simplificaría mucho. Tenemos por fuerza que decidir nuestra actitud. Quizás lo hagamos con convicción ingenua, sin medir la responsabilidad que asumimos, pero puesto que hemos de elegir una posición, escogemos — la nuestra. Suponemos que ha de ser también la de nuestro pueblo. Posiblemente nos conforta la ilusión de atribuirle un valor universal.

Eso sí, el carácter intrínseco de una determinada acción pedagógica dependerá de la filosofía elegida. Será muy distinta

si predica la sumisión a una autoridad preestablecida o si incita a cada uno a ser señor de sus actos, si trata de imponer un dogma o si trata de librarnos de él, si afirma o si niega los valores vitales, si exalta o subordina los valores espirituales, si engloba al hombre en un mecanismo universal o si le reconoce una esfera de acción espontánea, si obedece a las inspiraciones de un sectarismo crudo o si cultiva una amplia tolerancia espiritual.

En todo caso, la filosofía básica ha de ofrecer una posición definida frente a los problemas de la vida. De no ser así, la filosofía no pasaría de ser un solaz verbalista, patrimonio de eruditos o de minorías minúsculas. Un ocioso deporte dialéctico. Sería una filosofía deshumanizada. Pero en semejante caso siempre se sobrepondría a la enseñanza teórica, la ideología tácita de un pueblo, aunque sus directores espirituales no atinen a sistematizarla.

Si nuestro pueblo, el pueblo argentino, posee una voluntad propia, si tiene conciencia de los valores que afirma, sabrá expresarlos en sus instituciones, en su legislación, en su creación artística y en la faena cotidiana. En el siglo pasado dispusimos de los hombres llamados a interpretar el pensamiento nacional. Y si los tiempos nuevos exigen Nuevas Bases, también se hallará su fórmula.

Constituídos por la evolución histórica en unidad política, dentro de fronteras intangibles, pertenecemos espiritualmente al orbe de la cultura occidental, participamos con los pueblos hispanoamericanos de una tradición común, tendemos a constituirnos en una nación con personalidad propia. ¿Cuál es, pues, nuestra voluntad?

La respuesta no podemos importarla ni solicitarla a título de préstamo. Sin duda, con espíritu abierto nos hemos de nutrir en la más alta cultura filosófica, pero el pensamiento universal, al pasar por nuestra mente, revestirá su forma específica. Se pondrá al servicio de nuestros valores. Si no fuere así, seríamos un conglomerado cualquiera, no una nación. Felizmente, desde los albores de nuestra emancipación sabemos lo que queremos y lo que no queremos. En el transcurso de un

siglo, al despertar nuestra conciencia colectiva, hemos trasmutado muchos valores; los trasmutaremos aún, pero el ideal constante para el pueblo argentino es el concepto de la Libertad lograda por la acción. ¿Por qué? Porque tal es nuestra soberana voluntad.

ALEJANDRO KORN.